

## Cuaderno de notas

# BANDERA Y DISPLICENCIA

EL 18 de julio es siempre buena oportunidad para el recuerdo en unos tiempos peligrosamente caracterizados por el afán de olvido. Hoy día se ha hecho de la inclinación a la falta de memoria una de las premisas de la solidez democrática. En la medida en que «aquello» no se recuerda se pretende estar más alejado de su preocupante influjo. Seguro error. Es tanto como no reparar en que los mecanismos involutivos operan por encima de la opinión pública. Y no es que vaya a repetirse el «movimiento». Más bien se trata de que puedan repetirse el sobresalto o los sobresaltos inherentes al eterno aventurismo de quienes confían contra toda esperanza en «algo» ajeno a «esto».

Es irritante la insensibilidad de políticos profesionales que parecen genéticamente programados para reeditar la cena de Baltasar. Como dos más dos son cuatro, jamás alcanzan a entender que la política no es una ciencia exacta y que las reglas aritméticas no sirven para fundar, en ese terreno, certeras previsiones. El vicepresidente del Gobierno, señor Guerra, acaba de declarar a un periódico madrileño que «uno de los grandes aciertos de este Gobierno es que el tema del golpe ha desaparecido de la mente de los españoles», entre otras razones porque «cuatro nostálgicos que andan con eso se las ven y se las desean para lograr que les firmen cualquier papel».

Lamentable. En primer lugar, la extinción o alteración de antiguas y lógicas alarmas no es un acierto del Gobierno, sino en todo caso del cuerpo electoral, que demostró su preferencia por la democracia respaldando con sus votos al sistema. En segundo lugar, no debe ser tan perfecta y total la resistencia a la firma de manifiestos cuando hace días se filtraba oficialmente la noticia de que una operación de este tipo había sido detectada a tiempo y abortada.

Confundir el temor a poner en riesgo una carrera con el desdén hacia quienes defienden opciones democráticamente vencidas es ignorar la condición humana y la idiosincrasia de muchos militares españoles. Una cosa es acatar situaciones determinadas, o in-

cluso respetarlas por conveniencias personales, y otra muy diferente simpatizar con ellas.



El caldo de cultivo del malestar castrense está siendo absurdamente alimentado. Uno de los valores que más motivan a las Fuerzas Armadas —el culto a la bandera— recibe necias vejaciones. Justipreciar este error no es actitud extendida. Que uno recuerde, sólo Santiago Carrillo y Tar-

radellas han dado hasta ahora la medida de la deseable sensatez política al respecto. La aceptación racional de una simbología, el culto externo y respetuoso a lo que representa el compendio de la legalidad establecida, por encima de colores, no es cuestión baladí. Cuando los comunistas, bajo Carrillo, exhibían la bandera rojigualda en las vísperas de su legalización como partido, o cuando Tarradellas, en sus tiempos de presidente de la Generalidad, aceptaba con plenitud de corrección la liturgia de los símbolos de España, estaban demostrando sencillamente visión política. Si ahora el Gobierno socialista proclama su disposición a aplicar las normas de la bandera, acierta en lo fundamental. Pero habría acertado mejor si su respuesta verbal a lo de Tolosa hubiera sido adornada por la eficacia de la prontitud, sin dejar espacio para suponer, fundadamente, que la marejada institucional ha excitado el celo necesario.

El incidente de Fuerteventura, saldado con arresto del capitán Miláns del Bosch, merece algunas consideraciones. No es defendible esa actitud «justiciera» de quien atropella a la autoridad —en este caso el presidente del Cabildo— en nombre de una corrección supuestamente conculcada. Ni aun en el caso de que el señor Mesa Noda, ante la bandera, hubiera permanecido con las manos a la espalda y las piernas separadas, es nadie el capitán para corregir violentamente lo que sólo puede ser objeto de recriminación política. Pero si el presidente del Cabildo adoptó en verdad esa displicente postura física valdría lamentar que en algunas ocasiones ni siquiera se conceda a la enseña nacional el respeto que se dispensa a las extrañas.

Lorenzo CONTRERAS